

seguida insertamos, haciéndolo con el art. 287 tal como quedó después de su reforma por decreto de 6 de Mayo de 1888:

«Art. 284.— El indulto no puede concederse sino de pena impuesta en sentencia irrevocable.

Art. 285.— En todo caso en que la ley no lo prohíba expresamente, se podrá conceder indulto de la pena capital y entonces se conmutará ésta en la de prisión extraordinaria.

Art. 286.— No se podrá conceder indulto en los casos de que se habla en el art. 106 de la Constitución Federal.

Tampoco podrá otorgarse de la pena de inhabilitación para ejercer una profesión ó alguno de los derechos civiles ó políticos, ó para desempeñar determinado cargo ó empleo. Esta pena sólo se extingue por la amnistía ó por la rehabilitación.

Art. 287.— En la concesión de indultos de penas que privan de la libertad por delitos comunes, se observarán estas dos reglas:

1.ª Se podrá conceder indulto sin condición alguna, cuando el que lo solicite haya prestado servicios importantes á la Nación; cuando el Gobierno juzgue que así conviene á la tranquilidad ó seguridad públicas, ó cuando aparezca que el condenado es inocente.

2.ª En los demás casos, puede otorgarse cuando se hayan verificado los tres requisitos siguientes:

1. Que haya sufrido el reo tres quintos de su pena.

2. Que durante ese término haya tenido buena conducta continua y acreditado su enmienda en la forma que exige la frac. 1 del art. 99.

3. Que haya cubierto su responsabilidad civil, ó dado caución de cubrirla, ó acreditado que se halla en absoluta insolvencia.

Art. 288.— La concesión de indulto en delitos políticos no está sujeta á traba alguna, y queda á la prudencia y discreción del Gobierno otorgar ó no esa gracia.

Art. 289.— El reo indultado no se libra por el indulto de la sujeción á la vigilancia de la autoridad política, ni de la prohibición de ir á determinado lugar ó de residir en él.

Art. 290.— Siempre que se conceda indulto, quedará á salvo la responsabilidad civil.»

**INDUSTRIA.**—La ocupación ó el trabajo que se emplea en la agricultura, artes, fábricas y comercio.

Todos los Españoles y los extranjeros avencidados ó que se avencinden en los pueblos de la monarquía, pueden libremente establecer las fábricas ó artefactos de cualquiera clase que les acomode, sin necesidad de permiso ni licencia alguna, con tal que se sujeten á las reglas de policía adoptadas ó que se adopten para la salubridad de los mismos pueblos; — y también pueden ejercer libremente cualquiera industria ú oficio útil sin necesidad de examen, título ó incorporación á los gremios respectivos, cuyas ordenanzas están derogadas en esta parte.

Los dueños de heredades, dehesas y demás tierras de cualquiera clase, pueden libremente destinarlas á labor ó á pasto, ó á plantío, ó al uso que más les acomode, no obstante las leyes que prefijaban la clase de disfrute á que debían destinarse estas fincas (Decr. de Cortes de 8 de Junio de 1813, restabl. por real decr. de 6 de Septiembre de 1836).

Ningún fruto ni producción de la tierra, ni los ganados y sus esquilmos, ni los productos de la caza y pesca, ni las obras del trabajo y de la industria, están sujetas en sus primeras ventas ni en las ulteriores á tasas ni posturas, sin embargo de cualesquiera leyes generales; antes bien todo se puede vender y revender al precio y en la manera que más acomode á sus dueños, con tal que no perjudiquen á la salud pública; y ninguna persona, corporación ni establecimiento tiene privilegio de preferencia en las compras; debiendo, empero, observarse las leyes vigentes sobre extracción á país extranjero (Escriche).

Dice el art. 4.º de la Constitución: «Todo hombre es libre para abrazar la profesión, industria ó trabajo que le acomode, siendo útil y honesto y para aprovecharse

de sus productos. Ni uno ni otro se le podrá impedir, sino por sentencia judicial cuando ataque los derechos de tercero, ó por resolución gubernativa, dictada en los términos que marque la ley, cuando ofenda los de la sociedad.»

El Código Penal, en su parte relativa, trae las siguientes disposiciones:

«Art. 925.— Se impondrán de ocho días á tres meses de arresto y multa de 25 á 500 pesos, ó una sola de estas dos penas, á los que formen un tumulto ó motín, ó empleen de cualquiera otro modo la violencia física ó moral, con el objeto de hacer que suban ó bajen los salarios ó jornales de los operarios, ó de impedir el libre ejercicio de la industria ó del trabajo.

Art. 926.— Los que divulgando hechos falsos ó calumniosos, ó valiéndose de cualquiera otro medio reprobado, logren el alza ó baja en el precio de alguna ó algunas mercancías, ó de documentos al portador de crédito público del Tesoro nacional, ó de un banco legalmente establecido, serán castigados con la pena de dos meses de arresto, á dos años de prisión y multa de 200 á 2,000 pesos.

Art. 927.— El que, poniendo en práctica alguno de los medios de que habla el artículo anterior, hiciere perder el crédito á una casa de comercio, será castigado con la pena de tres meses de arresto á tres años de prisión y multa de 300 á 3,000 pesos, sin perjuicio de la responsabilidad civil.

Si no resultare daño alguno, la pena se reducirá á la mitad.

Art. 928.— Los que formen un motín, tumulto ó riña con el objeto de provocar el pillaje en una feria ó mercado, ó para que intimidados los vendedores vendan sus mercancías á precio inferior, serán castigados con la pena de dos meses de arresto á dos años de prisión.

Esta pena se aumentará en un tercio respecto de los cabecillas y motores.

Art. 929.— Se impondrán de quince á seis meses de arresto y de 100 á 3,000 pesos de multa á los que, al verificarse un remate público ó antes de él, hagan uso de la violencia física ó moral, á fin de que no haya postores, ó de que no tengan éstos la libertad necesaria para hacer sus posturas.»

**Industria.**—La ciencia, habilidad y destreza que tiene una persona en el ejercicio de la profesión, arte ú oficio á que se dedica. Cuando se dice que uno ha elegido la *industria de la persona*, se quiere dar á entender que ha encargado á la persona de que se trata, con preferencia á otras, la ejecución de la obra ó servicio que necesitaba, por razón de su mayor ciencia, destreza ó habilidad (Escriche).

**INDUSTRIAL.**—Lo que se hace ó produce en virtud ó con el auxilio de la obra, artificio ó diligencia del hombre. Véase *Accesión* y *Frutos* (Escriche).

**INESTIMADO.**—Lo que está sin apreciar ni tasar; y así se dice inestimada la dote que se entrega al marido sin fijar el valor de los bienes en que consiste (Escriche).

**INFAMADOR.**—El que quita la fama, honra y estimación á alguna persona.

El infamador es peor que el ladrón, porque éste roba los bienes y aquél la honra, que es un bien más apreciable que los bienes materiales (Greg. López en la glosa 1, ley 8, tit. 6, part. 7).

El infamador es tenido en derecho por enemigo de la persona á quien ha infamado: «Non es ninguno mayor enemigo, dice la ley 2, tit. 2, lib. 1 del Fuero Real, que aquel que daña la fama del otro.» Véase *Enemigo* y *Diffamación* (Escriche).

**INFAMIA.**—La pérdida ó lesión del honor y reputación, ó sea el descrédito, abominación ó mala fama en que cae alguno por su mal obrar (proem. y ley 1, tit. 6, part. 7). Puede considerarse como una especie de excomunión civil, pues hace que el que ha incurrido en ella sea excluido del trato de los hombres de bien, que le miran con desprecio y evitan su sociedad.

La infamia es de hecho ó de derecho; pues aunque toda infamia nace de hechos deshonorosos, hay, sin embargo,

algunos hechos de esta clase que el derecho mismo califica de tales, y hay otros que no tienen esta nota sino por la opinión y el juicio de los hombres sensatos y de probidad. Es, pues, *infamia de hecho* la que proviene de acciones que en el concepto de las personas honradas son indecorosas ó contrarias á las buenas costumbres, aunque la ley no las castigue; é *infamia de derecho*, la que se impone ó declara por la ley, sea con independencia de sentencia judicial, sea con dependencia de ella (Escriche).

Suprimimos lo que el señor Escriche dice sobre esta materia por estar abolidas por nuestra Constitución las penas infamantes (Art. 22).

**INFANCIA.**—El primer grado de nuestra vida; esto es, la edad que uno tiene desde que nace hasta que cumple siete años. Parece que la infancia debiera empezar á contarse desde el momento de la concepción ó á lo menos desde la animación del feto, pues que desde entonces empieza el ser humano á existir y aun á llamar la atención de la ley, que ya en el seno materno le protege y le confiere y asegura derechos; pero como el tiempo de la concepción y el de la animación son tan varios é inciertos que no es fácil deslindarlos ni fijarlos, por eso los filósofos y los jurisconsultos cuentan uniformemente nuestra edad desde la época del nacimiento. Véase *Infante* y *Edad* (Escriche).

**INFANTADO ó INFANTAZGO.**—El territorio destinado para la manutención de algún infante ó infanta, hijos de reyes. Mas cuando en algunos instrumentos se encuentra conocido con el nombre de *infantado* algún estado ó territorio, no se ha de inferir precisamente haber sido patrimonio de algún hijo segundo de rey, pues que puede haberlo sido de algún otro descendiente de familia real (Escriche).

**INFANTE.**—El menor de siete años, sea varón ó hembra (ley 1, tit. 7, part. 2, y ley 4, tit. 16, part. 4). Compónese esta palabra de las latinas *in* y *fans*, que reunidas significan *el que no habla*, y se aplica al menor de siete años, porque durante este primer periodo de la vida no puede ó no sabe el hombre hablar todavía con orden y soltura: *Infans, id est, qui fari non potest, quasi fandi impos, intelligitur qui septem annis minor est*. El que ha cumplido siete años se dice *próximo á la infancia* hasta los diez y medio siendo varón, y hasta los nueve y medio siendo hembra. Véase *Edad*, *Impúber* y *Menor* (Escriche).

**Infante.**—En España se llaman *infantes* los hijos legítimos de los reyes, é *infantas* las hijas y las que están casadas con los infantes, sin distinción de edad; porque deben siempre conservar su inocencia como los menores de siete años y obedecer al rey en todo como niños (ley 1, tit. 7, part. 2, y glosas de Greg. López). La denominación de *infante* comprendía en lo antiguo, no sólo á los hijos segundos, terceros y demás, sino también al primogénito, con la diferencia de que éste se apellidaba *infante primero*, hasta que en los tiempos de Juan I empezó á distinguirse con el conotado de *príncipe*. También se hizo extensiva la voz de *infante* á todo descendiente de casa y sangre real; y por eso se llamaron así los siete infantes de Lara; mas nadie puede usurpar esta apelación, así como tampoco puede usar de ninguna de aquellas insignias con que se distingue la real familia (Escriche).

**INFANTICIDIO.**—Según el «Diccionario de la Academia Española», es la muerte dada violentamente á algún niño ó infante; y como según el mismo Diccionario y aun en el lenguaje legal, por infante se entiende el niño que aún no ha llegado á la edad de siete años, parece claro que la voz de infanticidio debería aplicarse precisamente á la muerte dada á un niño menor de siete años contados desde su nacimiento. No es ésta, sin embargo, la significación que se le ha dado en el lenguaje de la medicina legal ni en el de la jurisprudencia. En la acepción más extensa de esta palabra, infanticidio es la muerte dada á un niño desde el estado de embrión hasta la edad de la pubertad; mas luego los médicos dan el nombre de *embrioclonia* á la acción de hacer perecer en el seno materno el producto de la concepción mientras se

mantiene en estado de embrión, esto es, durante los dos primeros meses; designan con el de *feticidio* la destrucción voluntaria del feto desde el principio de su desarrollo, que es á los dos meses de concebido, hasta la época de su expulsión; y reservan el de *infanticidio* para la muerte dada á un niño viable en el acto de nacer ó poco tiempo después de haber nacido. La jurisprudencia ha debido de acomodarse en este punto al lenguaje de la medicina legal; y así es que si bien en sentido lato tiene por infanticidio la muerte dada á un niño en el seno de su madre ó después de su nacimiento, no toma en sentido riguroso esta palabra sino para denotar el homicidio de un niño en el momento de nacer ó después de nacido; y aun más propiamente, no el homicidio ejecutado en el niño por cualquiera persona, sino el cometido por la madre ó el padre ó con su consentimiento.

I. De la *embrioclonia* y del *feticidio* hemos hablado ya, aunque sin usar de estos nombres, en el artículo *Aborto*; de modo que ahora sólo resta tratar del *infanticidio* propiamente dicho. Este puede resultar de violencias ejercidas sobre el niño, ó bien del abandono ó exposición de su persona, ó de la falta de los auxilios que se le deben suministrar para preservarle de los peligros que le rodean á su entrada en la vida ó para sostener su frágil existencia; y de aquí nace la división del infanticidio en infanticidio por comisión ó infanticidio por omisión. En cuanto al abandono del niño, puede verse lo dicho en el artículo *Exposición de parto*.

II. El infanticidio voluntario tiene el carácter de homicidio alevoso, pues que el niño que es víctima de él no puede defenderse ni huir ni pedir socorro, y lejos de excitar la cólera ó el aborrecimiento no inspira sino sentimientos de lástima y compasión. Parece, por lo tanto, que cualquiera persona que lo cometiere, debe sufrir la pena del asesino. Cuando el infanticida es el mismo padre ó la madre de la víctima, dicen generalmente los escritores que debe imponérsele la pena del parricida, en cuya clase suponen que ha de ser considerado con arreglo á la ley 12, tit. 8, part. 7, por no haber ley alguna en nuestros Códigos, según afirman, que trate específicamente de este horrendo delito. Pero si abrimos el primer Código nacional, esto es, el Fuero Juzgo, que tiene la preferencia sobre el de las Partidas en cuanto no esté derogado por leyes posteriores ó no sea contrario á nuestras actuales costumbres, hallamos allí en la ley 7 del lib. 4 una disposición, que precisamente se contrae á los infanticidios que ya entonces como ahora se cometían con demasiada frecuencia por los padres, y que prescribe tanto contra el padre como contra la madre la pena de muerte ó la de *ceguamiento*. «Ninguna cosa, dice, non es peor de los padres que non an piadat é matan sus fijos. E porque el pecado destos atales es spendudo (extendido) tanto por nuestro regno que muchos varones é muchas muiéres son culpados de tal fecho, por ende defendemos que lo non fagan, y establecemos que si alguna muiér libre ó sierva matar su fijo pues (después) que es nado (nacido) ó ante que sea nado prender yerbas por abortar, ó en alguna manera lo ahogare (ahogare), el juez de la tierra luego que lo sopiere condépnela por muerte; é si la non quisier matar, ciéguela: é si el marido ie lo mandar facer, ó lo sofrir, otra tal pena debe aver.» Tenemos, pues, que la pena del padre ó de la madre infanticida, ya que no está en uso la de cegar ni la de sacar los ojos, no es otra que la de muerte simple, sin las accesorias que lleva consigo la del parricidio.

III. Mas la pena de muerte no suele imponerse sino rara vez á la madre infanticida, no sólo por la dificultad que hay de reunir las pruebas necesarias para calificar de voluntario el infanticidio, sino también por la necesidad de tomar en consideración el estado particular en que se encontraba la madre, y el móvil ó causa principal que la arrojó al delito. «La pena de muerte por el infanticidio cometido por la madre, dice Bentham con otros jurisconsultos, es la violación más manifiesta de la humanidad; porque ¿qué proporción hay entre el mal del delito y el mal de la pena? La muerte de un niño



que ha dejado de existir antes de haber conocido la existencia, sólo puede causar sentimiento á la misma persona que por pudor y por compasión no ha querido que se prolongase una vida empezada bajo tristes auspicios; y la pena es un suplicio bárbaro y afrentoso impuesto á una madre desgraciada y ciega por la desesperación, que casi á nadie ha hecho mal sino á sí misma, resistiéndose al más dulce instinto de la naturaleza.» Hay, con efecto, mujeres desventuradas que viéndose con un hijo ilegítimo, y no habiendo podido darle á luz en una casa de refugio, ni pudiendo exponerle con reserva y sin peligro, agitada su imaginación con la idea de la infamia que va á cubrir las ó de la indignación de un padre severo, ó despechadas por el abandono en que un amante infiel las ha dejado, caen en una especie de delirio atroz y se precipitan á exterminar y hacer desaparecer el fruto de su fragilidad. No hay duda que estas madres deben ser tratadas con alguna indulgencia; y así es que los tribunales no suelen castigarlas con otra pena que con la de reclusión por más ó menos tiempo, según la mayor ó menor importancia de las circunstancias atenuantes. Pero cuando la infanticida es una mujer de corrompidas costumbres ó de mala fama anterior, cuando no comete el crimen sino por desembarazarse de una carga ó por aversión á su marido ó por soborno ó por otro torcido fin, cuando teniendo medios lícitos de encubrir el olvido de sí misma prefiere el sacrificio sangriento del fruto de su extraviado amor, cuando no siendo la primera vez que ha incurrido en un atentado de esta especie muestra bastante con su reincidencia que abriga en su pecho un corazón depravado; el rigor de la ley debe caer entonces sobre su cabeza y venir á proteger esos seres desvalidos que produce la desmoralización para lanzarlos desde el seno materno al sepulcro.

IV. La dificultad está en reunir los datos suficientes para probar el infanticidio, pues apenas hay otro delito de más difícil justificación, especialmente siendo la misma madre la que lo ha cometido, á no ser que se la sorprenda en el acto ó ella misma confiese su atentado; y así es que no basta examinar á los testigos que puedan tener algún conocimiento del hecho principal ó de sus accesorios, sino que es preciso además valerse del auxilio de dos médicos ó dos cirujanos hábiles ó de un médico y un cirujano que hagan el competente reconocimiento de la criatura y de la madre. Debe examinarse en primer lugar el estado exterior del niño con respecto al grado de desarrollo físico necesario para la vida extrauterina y á las causas exteriores que han podido obrar en él antes ó después de la muerte: se pasa luego á averiguar si el estado de los órganos internos demuestra que ha habido vida después del nacimiento, y si los estragos ó desórdenes internos más ó menos relacionados con los externos dan lugar á inferir que ha habido muerte violenta, explicando su especie y el modo ó instrumento con que parece haberse ejecutado: inquierese entonces quién ha podido ser el autor de esta muerte; y cuando las sospechas recaen sobre una mujer que se cree madre de la víctima, se procede á examinar si el estado físico en que la misma se encuentra confirma las prevenciones que se suscitan contra ella: y reuniendo y comparando los datos obtenidos del examen de la criatura y de la madre se llega de este modo á sacar inducciones que, acumuladas con las demás circunstancias físicas y morales que resultan del proceso, producen en el ánimo del juez la convicción que necesita para condenar ó absolver á la acusada.

Para admitir, pues, ó excluir la realidad del infanticidio, es necesario atender:

- 1.º A las circunstancias relativas al estado del niño.
- 2.º A las circunstancias relativas al estado físico y moral de la madre.
- 3.º Al conjunto y mutua relación de estas diversas circunstancias.

La frecuencia de los infanticidios, la necesidad, por una parte, y la delicadeza por otra, de las operaciones que hay que practicar para probarlos, la escasez de conocimientos que por desgracia se observa en no pocos

facultativos sobre esta materia por la imperfección de la enseñanza, y la insuficiencia de las luces que nos prestan sobre la misma las obras y escritos de medicina legal que poseemos en nuestra lengua, nos empeñan á detenernos aquí más quizá de lo que exige nuestro instituto, y á desenvolver con alguna extensión los tres puntos importantísimos que quedan indicados, tomando de los escritos del distinguido médico alemán Mr. Marc las doctrinas que son más conducentes para que los fiscales, los abogados y los jueces puedan caminar respectivamente con alguna seguridad y sin temor de errores ó equivocaciones trascendentales en sus acusaciones, en sus defensas y en sus juicios.

#### CIRCUNSTANCIAS RELATIVAS AL ESTADO DEL NIÑO

V. Una de las condiciones que se requieren para que haya infanticidio, es que el niño haya nacido *cumplido* y *vividero*, esto es, en estado de vivir fuera del seno materno; pues si por razón de su corta edad intrauterina ó de su imperfecta organización se viese que la vida que parece haberle animado no era más que un soplo pasajero, no se tendría entonces por hijo á los ojos de la ley ni se reputaría haber existido. Véase *Abortivo* y *Edad*.

VI. Como el crimen de infanticidio no puede ejecutarse sino sobre un niño vivo, es muy importante averiguar si efectivamente ha vivido después de su nacimiento; y para resolver esta cuestión ha de recurrirse al examen interno y externo del cadáver, sin que deba impedirlo la putrefacción cuando todavía permanecen intactas ó en estado de poder sujetarse á los experimentos las partes que han de ser inspeccionadas. El examen interno del cadáver, para saber si hubo respiración después del nacimiento, consiste principalmente en una serie de investigaciones y experimentos que se practican sobre los órganos respiratorios, y que se llama *docimasia pulmonal*. No pudiendo respirar el feto mientras se halla encerrado en el seno materno, no toman los pulmones más parte que los otros órganos en la circulación de la sangre; pero luego que cesa la comunicación entre el feto y su madre, es para él la respiración una función indispensable, sin la cual no puede empezar á vivir ni continuar viviendo aisladamente por sí mismo. Mas no puede verificarse la respiración sin producir grandes mudanzas en los pulmones. La introducción del aire en sus celdillas aumenta á un mismo tiempo su ligereza específica y su gravedad absoluta; la ligereza específica se debe á la introducción del aire, y la gravedad absoluta á la consiguiente entrada de la sangre en sus vasos; y por efecto de la introducción del aire y de la sangre cambian los pulmones de volumen, de situación y de color. Marchitos en cierto modo hasta entonces, de un color rojo obscuro, y reducidos á un cortísimo espacio en el fondo del tórax ó sea del pecho, llenan enteramente después de la respiración la cavidad torácica, cubren más ó menos el pericardio, y adquieren un color más claro y más ó menos pálido según el grado de repleción sanguínea de los vasos. Las celdillas pulmonales llenas de aire dan por este mismo hecho á la substancia pulmonal, antes compacta y semejante á la del bazo, cierto aspecto enfisematoso: la sangre de los vasos pulmonales es espumosa: el tórax, que antes de la respiración estaba como aplanado y comprimido, se presenta más elevado; y habiendo bajado el diafragma por efecto de las inspiraciones, no se halla tan profundamente situado en la cavidad torácica su centro tendinoso. Estas diversas mutaciones se realizan desde las primeras inspiraciones cuando la respiración ha sido completa; pero hay otras que sobrevienen más tarde, como son el cerramiento del agujero oval, la obliteración del conducto arterial ó pulmo-aórtico, y la del conducto venoso que antes de la respiración llevaba directamente una porción de sangre de la vena umbilical á la vena cava inferior.

Todas estas mutaciones, y especialmente el aumento de volumen, de ligereza específica y de gravedad absoluta de los pulmones, son los principales resultados de la respiración; y así para saber si ésta se ha verificado, se

hace necesario demostrar la existencia ó la falta de aquéllas. Para esta demostración se han inventado por los facultativos diferentes métodos de docimasia pulmonal.

VII. El primero y más antiguo de todos es la *docimasia hidrostática*, pues que ya se encuentran indicios de ella en las obras de Galeno: bien que no se puso en práctica sino á fines del siglo XVII en que Schreger hizo por primera vez su aplicación á la medicina legal, y desde entonces ha servido de base para las decisiones en materia de infanticidios. Para ejecutar este experimento se sacan de la cavidad torácica los pulmones con el corazón, cuyos grandes troncos vasculares se habrán ligado de antemano. La resección de la traquearteria debe hacerse por la parte de su inserción en los pulmones, y después de haber limpiado con una esponja la sangre que se hallare exteriormente sobre estas vísceras, se las pone suavemente en una vasija llena de agua. Esta vasija debe ser espaciosa y contener un pie de agua, á fin de que la columna líquida sea proporcionada al volumen y peso de los pulmones y del corazón, y pueda sostenerlos en caso de que sean capaces de sobrenadar. Es indispensable que el agua sea pura, limpia, no salobre ó salada, y en general que nada contenga que pueda aumentar su densidad; y así es preferible la de río á la de pozo. En cuanto á su temperatura, no debe ser caliente, porque podría aumentar la dilatación de los pulmones y promover así su supernatación, especialmente en el caso de que la putrefacción empezase ya á declararse; ni tampoco ha de ser glacial ó muy fría, porque contrayendo los pulmones podría expeler alguna parte del aire que retuvieren: en suma, la temperatura no debe pasar del décimo grado ni bajar del quinto sobre cero del termómetro de Réaumur. Colocados sobre el agua los pulmones con el corazón en la forma que se ha dicho, se ha de observar atentamente si sobrenadan ó se van al fondo, si caen con rapidez ó despacio, si una parte de los pulmones desciende con más dificultad ó si se sumergen igualmente y por entero, y si se detienen ó no en medio de la vasija. Sepárase luego de los pulmones el corazón con su pericardio, y se reitera el mismo experimento con los pulmones solos; y aquí es esencial el observar si mudando la situación de los pulmones en el agua ó poniendo encima la superficie que estaba debajo, se sumergen más fácil ó más difícilmente, y si una parte nada constantemente y no se deja arrastrar hacia el fondo sino por el peso de las otras, en cuyo caso se la designará con exactitud. El propio ensayo ha de practicarse igualmente con cada lóbulo de los pulmones, para ver si ambos siguen el mismo rumbo, ó si el uno sobrenada mientras que el otro se hunde, y si en tal caso es precisamente el pulmón derecho, como suele suceder, el que sobrenada; y otro tanto, por fin, se ha de ejecutar con cada lóbulo cortado en muchos pedazos, para ver si todos sobrenadan ó si hay algunos que no lo verifican, siendo importante distinguir los fragmentos del pulmón derecho de los del izquierdo, y evitar con cuidado todo lo que pudiera contribuir á que se confundan los unos con los otros. Después de haber sometido los fragmentos pulmonales á la prueba hidrostática, se exprime con los dedos dentro del agua cada uno de ellos, para notar si se desprenden ó forman burbujas ó ampollas de aire, y si después de exprimidos sobrenadan todavía ó se van á fondo. Cuando se procede á la división de los pulmones en muchos fragmentos, es también necesario advertir si al tajar la substancia pulmonal hay crepitación ó bien si esta substancia es compacta, si está ó no en su estado natural ó normal, y si los vasos que le penetran contienen mucha ó poca sangre. Luego se verá el objeto de estas precauciones, en las cuales debe procederse con toda exactitud, pues que de la mayor ó menor supernatación de los pulmones se infiere la respiración más ó menos completa del infante después de nacido, y la sumersión ó hundimiento, por el contrario, es una prueba de haber salido ya muerto del seno materno.

VIII. El segundo experimento es el de Ploucquet, y se hace por medio de una balanza y de un hilo de plomo. El método de la *balanza* se funda en que como la

respiración tiene por resultado la entrada franca de la sangre en los vasos pulmonales, es consiguiente que la existencia de este líquido en los pulmones del infante que ha respirado deba necesariamente mudar las relaciones entre el peso de este órgano y el de todo el cuerpo. Según Ploucquet, el peso de los pulmones de un infante que no ha respirado es al de su cuerpo entero como de uno á setenta, mientras que la relación entre ambos pesos en el que ha respirado es de dos á setenta ó de uno á treinta y cinco, de modo que la respiración duplica el peso relativo de los pulmones. El experimento, pues, de que se trata, se reduce á pesar primero el cuerpo del infante antes de proceder á su examen anatómico, y en seguida los pulmones solos, separados de sus accesorios, á fin de comparar su peso total con el del cuerpo. La operación del *hilo de plomo* es un complemento de la que precede; y quiere Ploucquet que se combinen las inducciones que ambas á dos sugieran para determinar si su concordancia justifica ó no el hecho de la respiración. Esta prueba está fundada en que á consecuencia del acto de la inspiración se baja el diafragma hacia la cavidad del vientre, resultando que antes de principiar á efectuarse la respiración la cara inferior de este músculo que mira al vientre está mucho más convexa que después de haber principiado. Determinado el grado de mudanza en esta convexidad, se podría, según Ploucquet, deducir la consecuencia de si se había ó no principiado á efectuar la respiración, y para determinarle propone que, después de extraídas con mucho cuidado las vísceras del vientre, á fin de poder descubrir la situación del diafragma, se coloque perpendicularmente un hilo de plomo desde el medio del esternón y se vea á cuál de los dos lados corresponde el centro tendinoso común, que es la parte media y más alta de la bóveda que forma el diafragma, para ver si ha habido algún cambio en su situación natural. Ploucquet aconseja además que se note con cuidado si es ó no posible empujar el diafragma hacia el pecho, pues en el caso de no poder hacerle mudar fácilmente de situación hacia arriba, habría una presunción fuerte de que el infante no había respirado, ó, en otros términos, de que no había cambiado la posición natural que este músculo tiene antes de principiarse á efectuar la respiración.

IX. El tercer experimento es el que ha propuesto Daniel, fundado también en el aumento de volumen y de peso que los pulmones adquieren por la respiración; pero es tan complicado y exige instrumentos tan exactos y precauciones tan minuciosas, que no se puede adoptar en la práctica de la medicina legal.

X. El cuarto es el de la *nueva docimasia hidrostática*, publicado en el año de 1821 por el doctor alemán M. Bernt; pero si bien esta nueva docimasia presenta grandes ventajas sobre la antigua, pues que nos indica de un modo relativo el peso absoluto y el aumento del volumen de los pulmones que no han respirado, que han respirado incompletamente y que han respirado completamente, mientras que la antigua sólo nos ilustra sobre las variaciones del peso específico de esta viscera, no parece se está todavía en el caso de adoptarla en la práctica por no saberse que se hayan hecho hasta ahora los suficientes ensayos para ello.

XI. Hay todavía algunos otros *medios auxiliares* para reconocer si el infante ha respirado después de nacido, y consisten:

- 1.º En el grado de encorvadura del tórax.
- 2.º En la situación y volumen de los pulmones.
- 3.º En su color.
- 4.º En el estado del canal ó conducto arterioso, del agujero oval, del canal ó conducto venoso y del cordón umbilical.
- 5.º En el estado de los intestinos y de la vejiga.

Mas aunque la *encorvadura del tórax* es uno de los indicios de la respiración, no se debe tomar en cuenta sino cuando concuerda con los demás accidentes. — Tampoco presentan prueba afirmativa ó negativa de la respiración después del nacimiento la *situación y el volumen de los pulmones* sino cuando están en relación con el con-



junto de las demás circunstancias. Es indudable que los pulmones al principiar á efectuarse la respiración han de dilatarse y mudar hasta cierto punto de la situación en que se hallaban colocados antes en el tórax; pero aunque el aumento que experimenta entonces su volumen sea generalmente relativo al grado de expansión, pueden modificarse los resultados de este efecto natural por tantas circunstancias particulares, que sería muy desacertado perder de vista las irregularidades que pueden sobrevenir á consecuencia de la acción de estas circunstancias. Así, por ejemplo, en cuatro casos referidos por Mr. Schmitt, los pulmones de fetos que nacieron muertos tenían un volumen que llenaba la cavidad torácica; y en otro caso, por el contrario, en que el infante había respirado por espacio de treinta y seis horas, los pulmones, aunque llenos de aire, eran tan pequeños que no se les divisó á primera vista. — El color de los pulmones en el feto que no ha respirado es ordinariamente moreno ó violado, y después de la respiración se vuelve rosado. Tal es, á lo menos, la regla general; y, sin embargo, Chaussier y Schmitt han probado que los pulmones pueden presentar colores muy variados, no solamente según los diversos grados de la respiración, sino también según la influencia de una ininidad de causas así externas como internas que no siempre son fáciles de apreciar. Así, por ejemplo, el contacto de los pulmones con el aire exterior convierte pocos minutos después de la apertura del tórax su oscura tinta exterior en una tinta mucho más clara, y otras veces los pulmones de fetos que notoriamente nacieron muertos tienen una tinta casi de rosa. Este fenómeno es tanto menos raro cuanto más distante se halle el feto del término de su madurez. En otros casos una fuerte congestión sanguínea pulmonal ó un estado inflamatorio pueden dar á los pulmones un color violáceo aunque hayan respirado. No debe apreciarse, pues, el color de los pulmones sino en cuanto se halla en armonía con los demás signos que se presenten en favor ó contra la respiración. — La obliteración y la marchitez de los canales arterial y venoso, del agujero oval y del cordón umbilical se miran, con razón, como una de las mejores pruebas de que la respiración se ha efectuado; pero siendo así que estas mutaciones no se verifican de un modo sensible luego después del nacimiento sino con lentitud y al cabo de un tiempo bastante considerable, es evidente que muy rara vez podrá ser útil examinarlas, pues que el crimen de infanticidio casi nunca se comete sino en niños recién nacidos. — Las inducciones que se pueden sacar del estado de los intestinos y de la vejiga se fundan en que la respiración empuja el diafragma hacia las vísceras abdominales y provoca así las evacuaciones de la vejiga y de los intestinos; pero estas evacuaciones pueden también ser efecto de otras muchas causas que son capaces de promoverlas aun antes del nacimiento ó de retardarlas después en el feto que ha respirado.

XII. Los diversos experimentos *docimásticos* más arriba explicados, que tienen por objeto averiguar por el examen de los pulmones si el niño ha respirado después de su nacimiento, pueden dar lugar, en el mayor número de casos, á inducciones justas y precisas en pro ó en contra de la respiración; pero como también pueden presentarse circunstancias, aunque bien raras por cierto, en que las inducciones que sin restricción se sacasen de estos experimentos nos conducirían á funestos errores, se hace indispensable conocerlas y distinguirlas, pues que forman otras tantas excepciones de la regla ú otras tantas objeciones contra los experimentos.

La primera objeción consiste en que puede suceder que el feto respire antes de nacer y muera después durante el parto. La posibilidad de este fenómeno tan extraordinario ha adquirido, con efecto, muchos grados de probabilidad desde el año 1823, pues que desde entonces se han hecho observaciones de fetos que han dado algunos quejidos antes de salir del seno materno, sin duda porque el aire exterior habría llegado hasta ellos á consecuencia de la rotura de las membranas que los cubrían, verificada por causas conocidas ó desconocidas. Mas co-

mo quiera que sea, aun supuesta la realidad de este raro fenómeno, llamado *vagido uterino*, no se ha de renunciar por eso á los experimentos pulmonales, pues haciéndose con la atención necesaria serán siempre concluyentes cuando indicaren que la respiración no se ha verificado, y si, por el contrario, anunciaren la respiración, formarán á favor de ella un argumento que será más ó menos fuerte según la concurrencia de los demás datos físicos y morales que contribuyan á admitir ó excluir el acto de infanticidio.

La segunda objeción se reduce á que puede impedirse y evitarse con ciertas maniobras la respiración del feto, dotado, por otra parte, de todas las facultades necesarias para la vida extrauterina; como, por ejemplo, pariendo la madre de propósito dentro de un baño y dejando allí el niño, ó bien ahogándole en el agua ó entre mantas ó colchones luego después del nacimiento sin darle tiempo de respirar, ó, en fin, cerrándole la boca y las narices en el momento en que asome la cabeza por la boca de la vulva, y en tales casos es claro que aunque la docimasia pulmonal demuestre que el niño no ha vivido después de su nacimiento, no por eso habrá dejado de tener lugar el infanticidio. Es cierto que pueden ocurrir estos casos; pero el feto en ellos ó bien aspirará agua y presentará los signos de la muerte por sumersión, ó bien respirará aunque imperfectamente, ó bien tendrá vestigios exteriores de violencias; y de todos modos la docimasia pulmonal no será por eso menos útil en otros muchos casos.

La tercera objeción opone que puede un feto haber respirado y no haber vivido. Fúndase esta objeción paradójica en un hecho observado en 1812 por el doctor Benedict en Chemnitz. Asegura este médico que en un feto de término, hidrocéfalo, y con vicios muy notables de conformación en la cabeza, se encontraron los pulmones con todas las señales de la respiración completa, aunque jamás había respirado. Mas prescindiendo de la exactitud del referido hecho, dejando á un lado la observación de que en otro feto hidrocéfalo nacido muerto no se presentaron los pulmones sino como en un feto que no ha respirado, y suponiendo que la respiración pueda tener lugar en ciertos hidrocéfalos cuyos vicios de conformación excluyan por otra parte la posibilidad de la vida extrauterina, no resultaría de aquí sino á lo más que las pruebas que tienen por objeto determinar si la respiración se ha verificado no serían aplicables á semejantes casos; y hace ya seguramente mucho tiempo que los mayores partidarios de estos experimentos han declarado que no los tienen por concluyentes sino cuando no existe ningún estado morbozo, ó, en otros términos, cuando los órganos del recién nacido se hallen en tal estado que no quede la menor duda de que han podido efectuarse las funciones de la vida extrauterina.

La cuarta objeción que se hace contra la docimasia pulmonal es que los pulmones pueden sobrenadar por efecto de otras causas diferentes de la respiración, esto es, por la putrefacción, por un estado enfisematoso particular del mismo órgano y por la insuflación artificial. La putrefacción puede en verdad producir en los pulmones un desarrollo bastante considerable de substancias gaseosas para que los hagan sobrenadar en el agua; pero hay medios seguros de distinguir estos efectos de la putrefacción de los de la respiración, pues cortando los pulmones en pedacitos y exprimiendo cada fragmento entre los dedos, se desprenden los gases producidos por la putrefacción y recobran los fragmentos la gravedad específica que tenían antes de la descomposición pútrida. Esta señal, aunque cierta, puede todavía corroborarse con la siguiente operación: hay algunas vísceras, como son el timo, los intestinos, la vejiga y el hígado, cuya putrefacción aumenta su ligereza específica casi en la misma proporción que la putrefacción de los pulmones aumenta la ligereza de éstos cuando no han respirado: compárese, pues, su modo de obrar en el agua con el de los pulmones, y véase si se van también á fondo luego que se les haya exprimido entre los dedos. No es necesario advertir que no pueden practicarse estas investigaciones cuando la putrefacción ha llegado á un grado que

excluye toda certeza. — El estado enfisematoso de los pulmones puede producir en ellos cierta ligereza accidental que se atribuya tal vez á la respiración, sin que ésta se haya verificado. Mr. Chaussier ha observado muchas veces que sobrenadaba una parte de los pulmones en niños que habían sido extraídos por los pies, sobre todo cuando el bacinete era estrecho, aunque estos niños no hubiesen respirado y hubiesen muerto en el trabajo del parto. Esta ligereza accidental no podía atribuirse á la putrefacción, de la cual no existía señal alguna; mas, según este célebre profesor, era efecto de una especie de confusión que los pulmones habían experimentado al tiempo de la extracción del feto; contusión que había ocasionado en el tejido de los mismos una efusión de sangre cuya alteración había hecho salir algunas burbujas aeriformes y producido así la ligereza específica de una parte de dicha viscera. Pero es fácil reconocer y distinguir esta ligereza accidental, observando que en este caso el aire ó flúido aeriforme se contiene en el tejido esponjoso de los pulmones, que se le hace salir por la presión, y que entonces los pulmones echados en el agua se precipitan de golpe, lo que no sucedería si el aire estuviese contenido en las vesículas bronquiales. — La insuflación artificial llama muy particularmente la atención de los facultativos y debe llamar también la de los jueces. Supongamos, en efecto, que nace un niño privado de vida, y que creyendo poder reanimarle se esfuerza su madre en insuflarle ó introducirle aire en los pulmones; ¿podrá esta maniobra agravar la acusación de infanticidio, cuando, por el contrario, es una prueba de amor maternal? Los defensores de la docimasia pulmonal hidroestática sostienen que la insuflación puede reconocerse por caracteres particulares que la distinguen de la respiración; á saber, por la dilatación incompleta de los pulmones, por la falta de encorvadura del tórax, por no haber crepitación en el acto de cortar los pulmones, y en fin, por la vacuidad de los vasos sanguíneos pulmonales; mas si bien estos caracteres son casi todos aplicables al mayor número de casos, no son, sin embargo, tan constantes que merezcan entera confianza, pues resulta, por el contrario, de numerosas observaciones hechas con cuidado por Mr. Schmitt en Viena y confirmadas por otros médicos:

- 1.º Que es posible insuflar los pulmones de niños que nazcan muertos ó en estado de asfixia.
- 2.º Que esta insuflación tiene un éxito fácil y completo cuando se practica de un modo conveniente y no hay obstáculo mecánico que impida la introducción del aire.
- 3.º Que, por el contrario, no se consigue sino difícil é imperfectamente, y aun se frustra del todo, cuando las vías de la respiración se hallan embarazadas con mucosidades.
- 4.º Que el aumento de volumen, el estado esponjoso, el color rosado y la facultad de nadar de los pulmones insuflados varían más ó menos según el mayor ó menor éxito de la operación, y que estos caracteres físicos se manifiestan en razón directa de la cantidad de aire que ha penetrado en las celdillas pulmonales.
- 5.º Que los pulmones bien insuflados presentan el fenómeno de la crepitación como los que han respirado, y que comprimiéndolos entre los dedos se ve también salir en los puntos correspondientes á las incisiones una espuma blanca más ó menos sanguinolenta.
- 6.º Que la insuflación produce siempre cierta elevación del tórax y del abdomen, y que la dilatación del pecho que de ella resulta puede conocerse y distinguirse después de la muerte.
- 7.º Que la insuflación, aun la más completa, no puede aumentar de un modo sensible el peso de los pulmones de un niño que no ha respirado; y que en el mayor número de casos la relación entre el peso de los pulmones insuflados y el de la totalidad del cuerpo es igual al que existe en un feto que no ha respirado.

Este último carácter es incontestablemente el más positivo de todos, porque se funda en la vacuidad de los vasos pulmonales. Sin embargo, esta vacuidad que,

menos en el caso de una hemorragia mortal, no puede atribuirse sino á la falta de la respiración, presenta todavía dificultades; porque no hallándose jamás absolutamente vacío el sistema vascular de los pulmones que no han respirado, los medios propuestos para este aprecio, como el de recoger la sangre y estimar su cantidad, el de calificarla por la intensidad del color que diese al agua en que se hubiesen lavado los pulmones, etc., son otras tantas operaciones á que será preciso renunciar, por la razón de que siempre que se trata de evaluar una cantidad á la simple vista, lo que á uno parezca más podrá parecer menos á otro; y en una materia tan grave debe desecharse todo juicio expuesto á la arbitrariedad y á los errores de nuestros sentidos.

Quinta objeción. Suponiendo que la prueba pulmonal hidroestática sirva para demostrar que un niño no ha respirado, no por eso puede acreditarse que no ha vivido. Esta objeción no es más que una sutileza. Si es cierto, como parece haber resultado de las experiencias hechas por Buffon y Schurig, que las causas capaces de producir de repente una asfixia en niños que han gozado algún tiempo de la vida extrauterina, deben obrar por más tiempo sobre los que acaban de nacer para producir en ellos el mismo efecto; y si es cierto, por consiguiente, que muchos actos y movimientos dependientes de la vida orgánica pueden alguna vez prolongarse en los mismos niños sin que haya habido respiración, se descubrirán fácilmente por una parte los obstáculos que hayan impedido el que ésta se verificase, como, por ejemplo, una debilidad excesiva de constitución, el hallarse cerrados ó atascados los conductos respiratorios por cualquiera causa, la existencia de un vicio orgánico, etc., y, por otra parte, no habrá reunido aún la vida las condiciones necesarias para que haya posibilidad de infanticidio; y la sumersión de los pulmones que en semejantes casos se verificase, no indicará seguramente si en el feto había vida imperfecta y si esta vida imperfecta habría podido desarrollarse por medio de los convenientes auxilios, pero acreditará que no habiendo respirado el feto no puede considerarse legalmente que haya vivido.

Sexta objeción. Puede suceder que un recién nacido haya respirado, y que, sin embargo, no sobrenaden sus pulmones. La sumersión completa de los pulmones, esto es, la sumersión de los pulmones enteros y de cada uno de sus fragmentos, no se ha observado en fetos que habían vivido algún tiempo después de nacer sino cuando no habían llegado más que al término de siete meses; y, por el contrario, en los que habían pasado de este término, sin llegar empero á su entera madurez, han sobrenadado á lo menos algunos fragmentos pulmonales. Puede explicarse, pues, el fenómeno en que se funda esta objeción, por la posibilidad de una prolongación cualquiera de la vida extrauterina, aunque la respiración sea muy incompleta; y si se tiene presente lo que se ha dicho al examinar la objeción que precede, se convendrá en que esta posibilidad es tanto mayor cuanto más distante se halle el feto de la época de su madurez. Bajo este supuesto, siendo en algunos casos, aunque raros, demasiado débil la respiración para que el aire penetre en las vesículas bronquiales, no llega éste sino á la traquiarteria y á sus ramificaciones bronquiales menos delgadas. Esta respiración, que en algún modo puede llamarse traqueal, podrá mantener más ó menos tiempo la vida del feto que acaba de nacer; y aun permitirá la emisión de algunos sonidos; pero no tardará en ser insuficiente, y lo será tanto más pronto cuanto más cerca se halle el feto del término de su madurez ó cuanto mayor sea el obstáculo mecánico que impida la respiración. Algunos han admitido también como causa de la sumersión de los pulmones en un niño que haya respirado, el excesivo infarto ú obstrucción sanguínea de este órgano por efecto de la sofocación; pero, además de que no existe hecho alguno que venga en apoyo de esta suposición, sería fácil, admitiendo el fenómeno, desembarazar por medio de la expresión los fragmentos pulmonales de la sangre que les impedía mantenerse á flor de agua.